





ASSASSIN'S
CREED®
UNDERWORLD





Oliver Bowden

ASSASSIN'S
CREED®
UNDERWORLD

Traducción del inglés de Paz Pruneda

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Bowden, Oliver

Assassin's Creed. Underworld / Oliver Bowden. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo ; Madrid : La esfera de los libros, 2017.

416 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Paz Pruneda.

ISBN 978-950-02-9989-3

1. Narrativa Inglesa. I. Pruneda, Paz, trad. II. Título.
CDD 823

Título original: *Assassin's Creed. Underworld*

Edición original: Penguin Group Ltd., London, 2015

© Oliver Bowden, 2015

© Ubisoft Entertainment, 2015

© De la traducción: Paz Pruneda, 2017

© La Esfera de los Libros, S. L., 2017

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Perú y Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en España: febrero de 2017

1ª edición en Argentina: junio de 2017

ISBN 978-950-02-9989-3

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en julio de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

PRIMERA PARTE
LA CIUDAD FANTASMA





El Asesino Ethan Frye estaba apoyado en una caja entre las sombras del mercado de Covent Garden, medio oculto entre las carretas de los vendedores. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la barbilla descansando en una mano, la suave y voluminosa capucha de su túnica cubriéndole la cabeza. Y mientras la tarde se deslizaba en el anochecer, permanecía inmóvil y en silencio. Vigilando y esperando.

Resultaba extraño para un Asesino tener la mano diestra sosteniendo el mentón de ese modo. Especialmente si llevaba la hoja oculta, como era el caso de Ethan, con la punta a menos de una pulgada de la piel expuesta de su cuello. Cerca de su hombro había un ligero pero poderoso resorte diseñado para desplegar el afilado acero; un giro preciso de su muñeca y este se activaría. En cierto modo, Ethan se estaba amenazando a punta de cuchillo.

Pero ¿por qué quería hacer algo así? Después de todo, los Asesinos no eran inmunes a un accidente o a algún fallo en el funcionamiento del equipo. Por motivos de seguridad, los hombres y mujeres de la Hermandad trataban de mantener sus manos pertrechadas con cuchillas lejos de sus rostros. Siempre era mejor que arriesgarse a la ignominia o a algo peor.

Ethan, sin embargo, era diferente. No solo era un experto en el arte del contraespionaje —y descansar su mentón en su

brazo más fuerte era una argucia diseñada para confundir a un enemigo potencial—, sino que sentía un oscuro placer en desafiar al peligro.

De modo que permanecía sentado, mentón en mano, vigilando y esperando.

Ah, pensó, ¿qué es eso? Se incorporó y abandonó la laxitud de sus músculos mientras escudriñaba el interior del mercado a través de las cajas. Los vendedores estaban recogiendo. Pero algo más estaba sucediendo. El juego estaba en marcha.



En un callejón no muy lejos de Ethan, merodeaba un tipo llamado Boot. Vestía un chaquetón andrajoso y un sombrero roto, y estaba estudiando un reloj de bolsillo sustraído momentos antes a un caballero.

Lo que Boot no sabía de su nueva adquisición era que su antiguo dueño había querido llevarlo a reparar ese mismo día por razones que en breve tendrían un profundo impacto en las vidas de Ethan Frye, Boot, un joven que se hacía llamar El Fantasma y otros implicados en la eterna lucha entre la Orden Templaria y la Hermandad de los Asesinos. Lo que Boot no sabía era que el reloj de bolsillo iba retrasado exactamente una hora.

Ignorando ese hecho, Boot cerró su tapa de un golpe, juzgándose a sí mismo todo un caballero. A continuación, salió del callejón, miró a izquierda y derecha y se alejó del mercado caminando bajo la luz mortecina del crepúsculo. Mientras andaba, con los hombros encorvados y las manos en los bolsillos, miró por encima de su hombro para comprobar si alguien le seguía y, satisfecho, continuó adelante, dejando atrás Covent Garden y adentrándose en la poblada y mísera barriada de St. Giles Rookery.

El cambio en la atmósfera fue casi inmediato. Mientras antes los tacones de sus botas resonaban sobre los adoquines, ahora se hundían en la inmundicia de la calle, levantando un hedor a ver-

duras podridas y desechos humanos. El pavimento estaba cubierto por esa gruesa capa de mugre, y el aire apestaba. Boot levantó su bufanda y se tapó la boca y la nariz para protegerse.

Un perro de mirada lobuna le siguió durante unos pocos metros, sus costillas visibles en su hundido vientre. Parecía suplicarle con ojos hambrientos y enrojecidos, pero él lo apartó de una patada y este retrocedió de un salto y se alejó. No muy lejos, una mujer estaba sentada en un portal vestida con retales atados con un cordel, con un bebé pegado a su pecho, al que observaba con ojos vidriosos sin vida, ojos de miseria. Tal vez fuera la madre de una prostituta esperando a que su hija volviera a casa con las ganancias, y pobre de ella si volvía con las manos vacías. O puede que dirigiera a una pandilla de ladrones y maleantes, que estarían al caer trayendo su botín del día. O tal vez alquilaba habitaciones. En esa inmunda barriada, las grandes casas de otros tiempos habían sido reconvertidas en pisos y habitáculos que por la noche proporcionaban refugio a aquellos que lo necesitaban: fugitivos y familias, ramera, comerciantes y trabajadores. Cualquiera que pagara su precio a cambio de un rincón en el suelo o de una cama, si tenía suerte y dinero, pero que casi siempre acababan conformándose con un montón de paja o unas virutas de madera por colchón. Aunque no era probable que pudieran dormir profundamente: cada centímetro de suelo estaba ocupado, y los llantos de los bebés rasgaban la noche.

Y pese a que muchas de esas personas no eran capaces o estaban poco dispuestas a trabajar, la mayoría tenía ocupaciones. Había entrenadores de perros y traficantes de pájaros. Despachaban berros, cebollas, sardinillas o arenques. Eran vendedores ambulantes, barrenderos, comerciantes de café, encoladores de pasquines o portadores de carteles. Sus mercancías entraban en los cuartos con ellos, sumándose al hacinamiento y al hedor. Por la noche las casas se cerraban, los cristales rotos eran tapados con trapos o periódicos, sellados contra la nociva atmósfera de la noche, cuando la ciudad escupía humo en el ambiente. Se sabía que el aire nocturno había asfixiado a familias enteras. O ese era el

rumor. Y lo único que se expandía por el suburbio, más rápido que la enfermedad, eran los rumores. Por eso, en lo que respecta a los moradores de aquel barrio, Florence Nightingale podía predicar cuanto quisiera, que ellos dormirían con las ventanas selladas.

No se les puede culpar, pensó Boot. Si vivías en un suburbio tus oportunidades de morir eran enormes. La enfermedad y la violencia hacían estragos aquí. Los niños se arriesgaban a ser asfixiados cuando los adultos rodaban sobre ellos durante el sueño. Causa de la muerte: aplastamiento. Y aún sucedía con más frecuencia los fines de semana, cuando se había terminado con los últimos tragos de ginebra y los bares se vaciaban, y madre y padre emprendían la vuelta a casa entre la espesa niebla, remontaban los resbaladizos peldaños de piedra, cruzaban el umbral y entraban en el calor de la apestosa habitación donde, por fin, podrían recostar sus cabezas y descansar...

Y por la mañana, ya salido el sol, pero con la niebla aún presente, el barrio resonaría con los gritos de los afligidos.

Boot se adentró en las profundidades del suburbio, donde los altos edificios resaltaban incluso bajo la escasa luz de la luna, y los faroles sumidos en la niebla brillaban malévolos en la oscuridad. Pudo escuchar voces roncadas cantando provenientes de una taberna unas calles más allá. De vez en cuando los cánticos eran más audibles, cuando la puerta del local se abría para expulsar a algún borracho a la calle.

Sin embargo, no había bares en esa calle. Solo puertas y ventanas tapadas con periódicos, ropa tendida en cuerdas por encima de su cabeza, las sábanas desplegadas como velas de un barco, y, aparte de los lejanos cánticos, solo el sonido del agua corriendo y su propia respiración. Solo él... a solas.

O eso creyó.

Y ahora incluso los lejanos cantos cesaron. El único sonido era el goteo del agua.

El ruido de algo arrastrándose le provocó un respingo. «¿Quién anda ahí?», preguntó, pero supo inmediatamente que

se trataba de una rata, y resultaba casi chistoso que, estando tan asustado, el correteo de una rata le hiciera dar un respingo. Casi chistoso en verdad.

Pero entonces lo oyó otra vez. Se giró y el denso aire danzó y se arremolinó en torno a él y pareció abrirse como unas cortinas. Durante un instante, creyó haber visto algo. Una sugerencia de algo. Una figura en la niebla.

Luego creyó escuchar una respiración. La suya era entrecortada y superficial, casi jadeante, pero esta era fuerte y regular y venía de... ¿De dónde? Tan pronto parecía estar delante de él como detrás. Los pasos se oyeron de nuevo. Un estallido le sobresaltó, pero provenía de una de las viviendas de más arriba. Una pareja comenzó a discutir: él había vuelto borracho a casa. No, *ella* había vuelto borracha a casa. Boot se permitió una pequeña sonrisa, y sintió que se relajaba ligeramente. Ahí estaba, dando saltos ante fantasmas, asustado por unas pocas ratas y un par de energúmenos discutiendo. ¿Qué sería lo siguiente?

Se dio la vuelta para marcharse. En ese mismo momento, la niebla delante de él ondeó y una figura con túnica surgió de ella, pero, antes de que pudiera reaccionar, lo tenía agarrado y estaba echando el puño hacia atrás como si le fuera a golpear, solo que, en lugar de hacerlo, su asaltante giró su muñeca y, con un suave chasquido, una hoja surgió de pronto del interior de su manga.

Boot cerró los ojos con fuerza. Cuando los volvió a abrir se encontró al hombre de la túnica tras la hoja que sostenía firme a una pulgada de su globo ocular.

Se orinó encima.

Ethan Frye se permitió un pequeño momento de satisfacción ante la precisión de su hoja, y luego apartó con una zancadilla las piernas de Boot debajo de él y lo estampó contra los murgrientos adoquines. El Asesino se colocó de cuclillas sujetando a Boot con sus rodillas mientras presionaba la hoja contra su garganta.

—Y ahora, amigo mío —sonrió—, ¿por qué no empieza por decirme su nombre?

—Es Boot, señor —se retorció el hombre, la punta de la hoja clavándose dolorosamente en su carne.

—Así me gusta —dijo Ethan—. La mejor política es la verdad. Y ahora, vamos a tener una charla, ¿le parece?

El tipo tembló bajo su cuerpo. Ethan lo interpretó como un sí.

—Tengo entendido que va a recibir una placa fotográfica, ¿no es así, señor Boot? —Boot tembló. Ethan lo interpretó como otro sí. Hasta ahí todo bien. Su información era sólida; este Boot era la conexión de una cadena que acababa con una serie de fotografías eróticas que se vendían en determinadas tabernas de Londres—. Y debe presentarse en Jack Simmons para recoger esa placa, ¿estoy en lo cierto?

Boot asintió.

—¿Y cómo se llama el tipo con el que debe encontrarse, señor Boot?

—Yo... no lo sé, señor...

Ethan sonrió y se inclinó aún más sobre Boot.

—Mi querido muchacho, es aún peor mentiroso que mensajero. —Ejerció un poco más de presión con la hoja—. ¿Siente dónde está el cuchillo ahora? —preguntó.

Boot parpadeó en señal de asentimiento.

—Es una arteria. Su arteria carótida. Si la rajo, pintará la ciudad de rojo, amigo mío. Bueno, la calle al menos. Pero ninguno de nosotros quiere que eso suceda. ¿Por qué arruinar tan agradable velada? En su lugar, ¿por qué no me cuenta con quién tiene planeado reunirse?

Boot parpadeó de nuevo.

—Él me matará si lo hago.

—Es posible, pero yo le mataré si no lo hace, y solo uno de nosotros está aquí sosteniendo un cuchillo contra su garganta, y no es él, ¿verdad? —Ethan aumentó la presión—. Decídase, amigo. Morir ahora o más tarde.

Justo entonces Ethan escuchó un ruido a su izquierda. Medio segundo después su pistola Colt, que llevaba en el costado, estaba en su mano, la hoja aún sobre la garganta de Boot, mientras apuntaba a un nuevo objetivo.

Era una niña pequeña que volvía de buscar agua del pozo. Con los ojos muy abiertos se quedó inmóvil, un cubo rebosando agua sucia en una mano.

—Disculpe, jovencita, no pretendía asustarla —sonrió Ethan. Su revólver volvió al interior de su túnica y su mano vacía reapareció para asegurar a la niña que no era ninguna amenaza—. Solo hago daño a rufianes y ladrones como este hombre. Quizá prefiera regresar a su casa.

Le había hecho un gesto para indicárselo, pero ella no parecía querer ir a ninguna parte, y se limitaba a mirarlos, el blanco de sus ojos destacando en su sucia cara, con su miedo haciéndola echar raíces justo donde estaba.

Ethan maldijo para sus adentros. Lo último que quería era tener audiencia. Especialmente cuando se trataba de una niña contemplando cómo sostenía un cuchillo contra la garganta del hombre.

—Muy bien, señor Boot —dijo, en un tono más suave que antes—, la situación ha cambiado, así que voy a tener que *insistir* en que me diga exactamente con quién esperaba encontrarse...

Boot abrió la boca. Quizá estuviera a punto de darle la información que requería. O puede que fuera a decirle por dónde podía meterse sus amenazas. O lo más probable es que simplemente farfullara que no lo sabía.

Ethan nunca lo sabría, porque, justo cuando el hombre iba a responder, su rostro se desintegró.

Sucedió en un abrir y cerrar de ojos, antes de que Ethan escuchara el disparo, y rodara apartándose del cuerpo y sacando su revólver justo cuando sonaba un segundo tiro; entonces se acordó demasiado tarde de la niña, su cabeza volviéndose a tiempo para ver cómo giraba, la sangre brotando de su pecho, y dejaba caer el cubo a la vez, muerta antes de desplomarse sobre los adoquines por una bala dirigida a él.

Ethan no se atrevió a devolver el fuego por miedo a alcanzar a otro inocente no visible entre la niebla. Prefirió agazaparse, evitando recibir otro disparo, un tercer ataque proveniente de la oscuridad.

Pero este nunca llegó. En su lugar, escuchó a alguien corriendo, por lo que se sacudió los fragmentos de hueso y los trozos de cerebro de la cara, enfundó su Colt y presionando el resorte guardó su hoja oculta en su mecanismo, y luego dio un salto para alcanzar un muro. Con las botas logrando apenas apoyarse en el húmedo ladrillo, trepó por un canalón que conducía al tejado de una vivienda, y guiándose por la luz del cielo nocturno consiguió seguir los pasos del tirador que trataba de huir. Así era como Ethan había entrado en el suburbio y parecía que así era como iba a salir de allí, dando pequeños saltos desde un tejado al siguiente, atravesando el barrio mientras seguía a su

presa silencioso e implacable, la imagen de la niña grabada en su mente, el olor metálico del cerebro de Boot aún en sus fosas nasales.

Ahora solo una cosa importaba. El asesino probaría su cuchillo antes de que cayera la noche.

Más abajo, escuchó las botas del tirador resonando y salpicando en los adoquines, y Ethan lo persiguió sigiloso, incapaz de ver al hombre pero sabiendo que le había superado. Al llegar al borde de un edificio, y sintiendo que tenía suficiente ventaja, se deslizó por un lateral, ayudándose de los alféizares para descender rápidamente hasta alcanzar la calle, donde se pegó al muro, esperando.

Unos segundos más tarde escuchó el ruido de unas botas corriendo. Y un momento después de que la niebla pareciera deslizarse y abrirse como para anunciar esta nueva presencia, tuvo ante sus ojos a un hombre vestido con traje que lucía un poblado bigote y gruesas patillas.

Sostenía una pistola. No humeaba. Pero quizá lo había hecho.

Y aunque más tarde Ethan le contara a George Westhouse que actuó en defensa propia, no sucedió exactamente así. Ethan contaba con el elemento sorpresa; podía —y debería— haber desarmado al hombre, e interrogarlo antes de matarle. Y, sin embargo, sacó su hoja y la hundió en el corazón del asesino con un gruñido vengativo, y contempló, no sin cierta satisfacción, cómo la luz desaparecía de los ojos del desconocido.

Pero al hacerlo, el Asesino Ethan Frye estaba cometiendo un error. Estaba siendo descuidado.

—Mi intención era presionar a Boot para sacarle la información que necesitaba antes de ocupar su lugar —le explicó Ethan al Asesino George Westhouse al día siguiente, cuando finalizó su relato—, pero lo que no comprendí es que Boot llegaba tarde a su cita. El reloj de bolsillo robado iba con retraso.

Estaban sentados en el salón de la residencia de George en Croydon.

—Ya veo —comentó George—. ¿Y cuándo te diste cuenta?

—Hmm, déjame pensar. Debió de ser en el momento en que ya era demasiado tarde.

George asintió.

—¿Qué arma de fuego llevaba?

—Un Colt Pall Mall, parecido al mío.

—¿Y le mataste?

El fuego de la chimenea emitió un chasquido y chisporroteó en la pausa que siguió. Desde que se había reconciliado con sus hijos, Jacob y Evie, Ethan estaba meditabundo.

—Lo hice, George, era lo mínimo que se merecía.

George hizo una mueca.

—Esto no tiene nada que ver con lo que se merecía. Y lo sabes.

—Oh, pero la niña pequeña, George... Deberías haberla visto. Era tan poquita cosa... La mitad de la edad de Evie.

—Aun así...

—No tenía elección. Había sacado la pistola.

George miró a su viejo amigo con inquietud y afecto.

—¿En qué quedamos, Ethan? ¿Le mataste porque se lo merecía o porque no tenías elección?

Ethan se había lavado la cara y sonado más de una docena de veces, pero aún sentía como si pudiera oler los sesos de Boot.

—¿Acaso lo uno excluye lo otro? Tengo treinta y siete años y he visto muchas más muertes de las que me correspondían, y sé que las nociones de justicia, equidad y retribución juegan un papel secundario frente a la destreza, y que la destreza está subordinada a la suerte. Cuando la fortuna te da la cara, cuando la bala del asesino acaba en otra parte, cuando baja la guardia, tienes que aprovechar tu oportunidad antes de que vuelva a mirar a otro lado.

Westhouse se preguntó a quién trataba de engañar su amigo, pero decidió dejarlo pasar.

—Una pena entonces que tuvieras que derramar su sangre. Presumiblemente habrías necesitado saber más sobre él.

Ethan sonrió y fingió secarse la frente.

—Fui recompensado con un poco de suerte. La placa fotográfica que llevaba tenía una inscripción identificando al fotógrafo, por lo que deduje que el hombre muerto y el fotógrafo eran la misma persona, un tipo llamado Robert Waugh. Tiene conexiones con los Templarios. Sus placas eróticas iban destinadas por una parte a ellos, pero, por otra, a los suburbios y tabernas, a través de Boot.

George soltó un suave silbido.

—¿Qué juego tan peligroso estaba siguiendo el señor Waugh...

—Sí y no...

George se inclinó para avivar el fuego.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que en muchos aspectos su juego de mantener los dos mundos separados valió la pena. Hoy pude ver los suburbios por mí mismo, George. Fue un recordatorio de cómo viven los pobres. Hay un mundo tan totalmente separado del de los Templarios que resulta difícil creer que ambos compartan el mismo país, y no digamos ya la misma ciudad. Si quieres saber mi opinión, nuestro amigo el señor Waugh tenía razón al creer que los caminos de su dispar negocio nunca deberían cruzarse. Los dos mundos en los que operaba eran polos opuestos. Los Templarios no saben nada de los barrios bajos. Viven río arriba, lejos de las fábricas cuya inmundicia contamina las aguas de los pobres, y al socaire de las nieblas y el humo que polucionan el aire.

—Igual que nosotros, Ethan —replicó George con tristeza—. Nos guste o no, el nuestro es un mundo de clubs privados de caballeros y salones, de templos y cámaras de consejo.

Ethan miró fijamente al fuego.

—No todos nosotros.

Westhouse sonrió y asintió.

—¿Estás pensando en tu hombre, El Fantasma? Supongo que no tienes ninguna intención de decirme quién es El Fantasma o qué está haciendo.

—Ese debe ser mi secreto.

—Entonces, ¿qué pasa con él?

—Ajá, bueno, he trazado un plan, que implica al recientemente fallecido señor Waugh y al Fantasma. Si todo sale bien, y El Fantasma hace su trabajo, entonces tal vez estemos en situación de echar mano al mismísimo artefacto que los Templarios buscan: el Fragmento del Edén.



John Fowler estaba cansado y tenía frío. Y por el aspecto de las nubes que se estaban concentrando, muy pronto también estaría empapado.

En efecto, casi enseguida pudo notar las primeras gotas de lluvia rebotando en su sombrero. El ingeniero apretó contra su pecho el tubo de cuero que contenía sus diseños, maldiciendo el mal tiempo, el ruido, todo. Junto a él se encontraba el procurador de Londres, Charles Pearson, así como la esposa de este, Mary, ambos tiritando mientras la lluvia comenzaba a caer y los tres permanecían abandonados a su suerte en medio del barro, mirando con una mezcla de tristeza y temor la profunda brecha en la tierra que constituía la nueva línea del Metropolitano.

A unos cuarenta y cinco metros delante del trío, el suelo mostraba una profunda hendidura que se abría en una enorme zanja —«la trinchera»— de nueve metros de ancho y aproximadamente ciento ochenta de largo, en cuyo extremo dejaba de ser una zanja o una trinchera para convertirse en un túnel, su arco de ladrillo proporcionando una entrada a lo que sería el primer tramo de ferrocarril subterráneo del mundo.

O mejor dicho, el primer tramo *operativo* de línea subterránea de ferrocarril del mundo: los trenes discurrían por los recién instalados raíles noche y día, empujando vagones cargados con

grava, arcilla y tierra desde las secciones aún no terminadas más arriba de la línea. Traqueteaban hacia delante y hacia atrás, el humo y el vapor asfixiando prácticamente a las cuadrillas de peones que trabajaban en la boca del túnel, vertiendo con sus palas la tierra excavada en los cubos de cuero del elevador que, a su vez, se llevaba los restos hasta el nivel exterior.

Toda la operación era producto de Charles Pearson. Durante casi dos décadas el procurador de Londres había hecho campaña para construir una nueva línea que despejara la creciente congestión de Londres y sus suburbios. Su construcción, en cambio, se debía al ingenio de John Fowler. John, además de poseedor de un notable y exuberante bigote, era el ingeniero ferroviario más experimentado del mundo, y por tanto había sido el indiscutible candidato para ocupar el puesto de ingeniero jefe del Ferrocarril Metropolitano. Sin embargo, como había contado a Charles Pearson con ocasión de su contratación, su experiencia podría no servirle de nada. Después de todo, era algo que no se había hecho nunca: una línea de tren por debajo del suelo. Una enorme —no, gigantesca— empresa. De hecho, había quienes decían que se trataba del proyecto constructivo más ambicioso desde que se edificaran las pirámides. Una gran reivindicación, sin duda, pero había días en que Fowler estaba de acuerdo con ellos.

Fowler había decidido que la mayor parte de la línea, siendo de poca profundidad, podría construirse utilizando un método conocido como «excavar y cubrir». Eso implicaba escarbar una zanja en la tierra, de nueve metros de ancho y cinco de profundidad, cuyos muros de contención estaban formados por tres hiladas de ladrillo. En algunas secciones se habían colocado vigas transversales de hierro que se apoyaban en la parte superior de los muros laterales, mientras que otras estaban hechas utilizando arcos de ladrillo. A continuación, la zanja era cubierta y la superficie restablecida, habiendo creado un nuevo túnel.

Implicaba demoler calzadas y casas, y en algunos casos construir carreteras provisionales, solo para tener que volver a

rehacerlas. Implicaba trasladar miles de toneladas de escombros y reubicar los conductos de gas y de agua, así como el alcantarillado. Implicaba también forjar una interminable pesadilla de ruido y destrucción, como si una bomba hubiera estallado en el Fleet Valley de Londres. No. Más bien como si una bomba hubiera estado estallando cada día en Fleet Valley durante los dos últimos años.

Los trabajos continuaban de noche, cuando se encendían balizas y braseros. Los peones faenaban en dos grandes turnos —el relevo señalado por tres toques de campana a mediodía y medianoche— y pequeños turnos cambiantes cuando los hombres se movían entre tareas, sustituyendo un trabajo monótono y extenuante por otro; pero trabajando, siempre trabajando.

Gran parte del ruido provenía de los siete transportadores utilizados en el proyecto, uno de los cuales había sido erigido precisamente allí. Se trataba de un alto andamiaje de madera, construido dentro del pozo, que se elevaba unos ocho metros por encima de ellos; el causante de la suciedad y del ruido atronador, como de golpes de martillo en un yunque. Su cometido era sacar los escombros de algún lugar más alejado de la excavación, y eso es lo que estaban haciendo en ese momento los hombres, trabajando en cuadrillas. Algunos en el pozo, otros en el suelo y otros colgados como lémures del armazón, encargados de asegurar el funcionamiento del elevador cuando los gigantescos baldes llenos de lodo se balanceaban al ser alzados desde la trinchera.

Al nivel de la calle, los hombres con palas se afanaban ante una montaña de tierra excavada, vertiéndola en vagones guiados por caballos, cuatro de los cuales estaban esperando, cada uno con una nube de gaviotas revoloteando sobre ellos; los pájaros aleteando y lanzándose para atrapar comida, ignorantes de la lluvia que había comenzado a caer.

Fowler se volvió para mirar a Charles, que parecía estar enfermo —pues sostenía un pañuelo contra sus labios—, pero por lo demás se mostraba de buen humor. Había algo indómito en Charles Pearson, se dijo Fowler. No estaba seguro de si se trataba

de determinación o simplemente locura. Era un hombre del que todo el mundo se había mofado durante casi dos décadas, prácticamente desde que sugirió su idea de una línea subterránea. «Trenes por las alcantarillas», se burlaron entonces. Se rieron de nuevo cuando desveló sus planes de una vía de ferrocarril atmosférica con vagones impulsados a través de un tubo por medio de aire comprimido. *A través de un tubo*. No era de extrañar que durante una década Pearson fuera el blanco permanente de las burlas de la revista *Punch*. Cuánta diversión hubo a su costa.

Entonces, cuando todo el mundo todavía se mofaba de ello, llegó el proyecto, el fruto del ingenio de Pearson: un plan para construir un ferrocarril subterráneo entre Paddington y Farringdon. Los barrios bajos de Fleet Valley serían despejados, sus habitantes trasladados a casas en la periferia de la ciudad, es decir, a los arrabales, y la gente utilizaría este nuevo tren para «desplazarse a diario».

Una súbita inyección de dinero procedente del Great Western Railway, del Great Northern Railway y de la Corporación de la ciudad de Londres bastó para que el proyecto se hiciera realidad. Él, el famoso John Fowler, fue contratado como ingeniero jefe del Ferrocarril Metropolitano y los trabajos comenzaron con la primera excavación en Euston, unos dieciocho meses atrás.

Y la gente... ¿aún se seguía riendo?

Sí, lo hacían. Solo que ahora era una media sonrisa sin alegría. Pues decir que la visión de Pearson sobre el desalojo de los barrios bajos había sido un desastre era quedarse corto. Tal y como resultó, no había viviendas en los suburbios ni tampoco nadie especialmente ansioso por construir alguna. Aparte de que no se conoce un suburbio que esté poco poblado. Toda esa gente tuvo que marcharse a otra parte, así que se trasladaron a otros barrios bajos.

Y eso sin contar, claro, con la alteración causada por las propias obras: calles intransitables, calzadas destrozadas, negocios cerrando y comerciantes exigiendo compensaciones. Aquellos que

vivían a lo largo de la ruta lo hacían en medio de un eterno caos de fango, de máquinas, del chasquido de los transportadores de hierro, de los golpes secos de picos y palas y de peones gritándose unos a otros, siempre con el perpetuo temor de que sus cimientos se colapsaran.

No había respiro; por la noche se encendían hogueras y entraba el turno nocturno, permitiendo que los de la mañana hicieran lo que los hombres del turno de día suelen hacer: beber y pelearse hasta la salida del sol. Daba la impresión de que Londres había sido invadido por peones; todos los sitios por donde iban los hacían suyos; solo las prostitutas y los taberneros se alegraban de su presencia.

Y luego estaban los accidentes. Primero un conductor de tren borracho que se había salido de los raíles en King's Cross cayendo en picado sobre las obras más abajo. Ningún herido. *Punch* extrajo el máximo provecho de la noticia. Y un año más tarde, los terraplenes de la carretera de Euston se desplomaron, llevándose por delante jardines, pavimentos y líneas telegráficas, destruyendo las canalizaciones de gas y agua, provocando un enorme socavón en la ciudad. Increíblemente nadie resultó herido. El señor Punch también disfrutó mucho de este episodio.

—Esperaba escuchar buenas noticias hoy, John —gritó Pearson, alzando su pañuelo hasta la boca. Un tejido delicado, como una blonda. Tenía sesenta y ocho años contra los cuarenta y cuatro de Fowler, pero aparentaba el doble de edad; sus esfuerzos a lo largo de las dos últimas décadas le habían avejentado. A pesar de su pronta sonrisa, se advertía un permanente cansancio alrededor de sus ojos, y la piel de sus mejillas colgaba flácida como la cera derretida de una vela.

—¿Qué puedo decirle, señor Pearson? —gritó Fowler—. ¿Qué le gustaría oír aparte de...? —Hizo un gesto hacia la obra.

Pearson se rio.

—El rugido de los motores es alentador, eso ya es bastante. Pero quizá también saber que hemos vuelto al calendario previsto. O que todos los abogados de Londres encargados de las in-

demnizaciones han sido fulminados por un rayo. O que su mismísima majestad la reina ha declarado su confianza en el tren subterráneo y su propósito de utilizarlo a la primera oportunidad.

Fowler contempló a su amigo, maravillándose una vez más de su humor.

—Entonces me temo, señor Pearson, que no puedo darle más que malas noticias. Aún vamos por detrás del calendario previsto. Y esta climatología no hace más que retrasarlo. Lo más probable es que la lluvia cale el motor y los hombres del transportador puedan disfrutar de un descanso no previsto.

—Entonces sí hay buenas noticias —replicó alegremente Pearson.

—¿Y cuáles son? —gritó Fowler.

—Tendremos —el motor chisporroteó y murió— silencio.

Y durante un momento ciertamente hubo una desconcertante calma, mientras el mundo se ajustaba a la ausencia de ruido, interrumpido solo por el sonido de la lluvia rebotando contra el fango.

En ese instante se escuchó un grito proveniente del pozo: «deslizamiento», y levantaron la vista para ver el andamiaje de la grúa balancearse ligeramente, uno de los hombres colgando de forma aún más precaria que antes.

—Aguantaré —aseguró Fowler, advirtiendo la expresión de alarma de Pearson—. Parece peor de lo que es.

Un hombre supersticioso habría cruzado los dedos. Los peones tampoco quisieron arriesgarse y las cuadrillas de la grúa gatearon hasta alcanzar el nivel de la calle, trepando por los pilares de madera como piratas por las jarcias, cientos de ellos al parecer, haciendo que Fowler contuviera el aliento confiando en que la estructura resistiera ese súbito peso extra. Así debería ser. Era preciso. Y lo hizo. Los hombres emergieron gritando y tosiendo, acarreando palas y picos, que eran tan preciados para ellos como sus extremidades. Se concentraron en grupos que, a su vez, se dividían en las líneas regionales, cada uno de ellos embadurnado de fango.

Fowler y Pearson observaron cómo se congregaba cada uno en su grupo: londinenses, irlandeses, escoceses, campesinos y otros, todos con las manos hundidas en los bolsillos o rodeándose con los brazos para darse calor, sus espaldas encorvadas y las gorras encajadas para protegerse de la lluvia.

Justo entonces se escuchó un grito y Fowler se volvió para ver una conmoción en la trinchera. Mientras tanto, uno de los peones se adelantó para echar un vistazo, rodeando el perímetro del foso, y se quedó mirando fijamente algo dentro de la zanja.

—*¡Señor!* —El jefe de obra, Marchant, le estaba haciendo señas para que acudiera. Ahuecó sus manos llevándoselas a la boca para gritar—: Señor. Debe venir a ver esto.

Un momento después, Fowler y Pearson se abrieron paso entre el fango, los hombres apartándose para dejarles cruzar hasta el borde de la trinchera, y miraron hacia abajo, más allá de los puntales y baldes del silencioso transportador hacia el lago de agua fangosa que se había formado en el fondo y que aún seguía creciendo.

Flotando sobre él había un cuerpo.